

JAVIER
ALANDES

La última mirada
de Goya



Diseño de colección: Estudio Sandra Dios

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.



Copyright © Javier Alandes García, 2023.

Autor representado por la Agencia Literaria Editabundo, S. L.

© Contraluz (GRUPO ANAYA, S. A.)

Madrid, 2023

Valentín Beato, 21

28037 Madrid

www.contraluzeditorial.com

ISBN: 978-84-18945-76-2

Depósito legal: M. 20.525-2023

Printed in Spain

*A todos los que seguimos pensando
que no hay nada mejor que una buena historia*

Prólogo

16 de octubre de 1888. Cementerio
de La Chartreuse. Burdeos

Solo el crujido de las pisadas sobre el suelo de gravilla quiebra el silencio que reina en el cementerio. La pequeña comitiva ha sido puntual a su cita de las nueve de la mañana. La encabeza Joaquín Pereyra, cónsul español en Burdeos, que, al fin, ha conseguido los permisos tras diez años de burocracia, peticiones de audiencias y despachos cruzados entre el gobierno español y el francés. Incluso tuvo que ser necesaria la intervención del rey Alfonso XII pocos meses antes de su muerte, cuatro años atrás, para que esa misión en el cementerio de La Chartreuse se haga realidad esa fría mañana de octubre de 1888.

Pereyra camina a paso rápido. Tras él, José Cisneros, secretario del consulado, y a varios metros de distancia les siguen el director del cementerio, dos testigos llamados por este, un notario para levantar acta y los tres operarios que, cargados con escalera, palas y palancas, hacen lo que pueden para mantener su ritmo.

A esas horas de la mañana, y aunque el otoño está siendo suave en el sudoeste francés, la humedad del río Garona cala

hasta los huesos. El relente todavía es visible en las losas de piedra que flanquean el camino. Losas con nombres y fechas que Pereyra ha visto infinidad de ocasiones. Diez años atrás despertaban su curiosidad, ahora ni siquiera vuelve la mirada hacia ellas.

Diez años.

Diez años son los que han pasado desde la muerte de su esposa. Un catarro, propio de esa maldita humedad, que se convirtió en pulmonía y se la llevó en apenas un mes. Pereyra, siempre orgulloso de su carrera diplomática, cayó en una profunda depresión que le llevó a renegar de aquella Burdeos de pronto hostil para él y desatender sus obligaciones como cónsul. Su único deseo era dejar correr los días en silencio, uno tras otro, frente a la tumba de su esposa. Esas jornadas bañadas en lágrimas junto a la losa con el nombre de la única mujer a la que había amado grabaron a fuego en su memoria todos los detalles del, para él, funesto cementerio de La Charreuse.

Todos los días, invariablemente, abandonaba los asuntos oficiales que requería su cargo para acudir al cementerio, que recorría en largos paseos hasta que llegó a conocerlo como la palma de su mano. En esas caminatas reparaba, casi sin pretenderlo, en las muchas curiosidades, de todo tipo, que puede albergar un camposanto. Arquitectónicas, con esa amalgama de estilos de sus muchos panteones, erigidos al gusto de las familias que ordenaban construirlos; cronológicas, debido a la convivencia de tumbas con varios siglos de antigüedad; e incluso artísticas, pues muchas de las lápidas estaban profusamente adornadas con artesanales grabados en piedra.

Fue así como reparó en él.

La confluencia de dos calles del cementerio estaba rematada por un monolito circular de piedra blanca, de apenas un

metro y medio de altura, que señalaba una cripta. En la piedra, tan solo dos palabras: «A Goya».

Joaquín Pereyra acababa de encontrar la tumba de uno de los mayores genios de la pintura universal.

Francisco de Goya había fallecido en Burdeos, en abril de 1828, y allí mismo fue enterrado sin que, desde España, ni su familia ni el gobierno reclamaran sus restos. Un vestigio de tiempos pasados, el protagonista de una época de la que ya se había pasado página; héroe para unos y traidor para otros. España se había olvidado de él.

Y supo que esa sería su misión, su último gran servicio, el colofón a su brillante carrera diplomática: convencer al Gobierno español de la necesidad de recuperar los restos y repatriar el cuerpo del pintor. La subida al trono de Alfonso XII y la Constitución de 1876 lograron que en España se respirara un ambiente liberal que hizo ver con buenos ojos la propuesta de Pereyra. Sí, Goya debía descansar en España; el cónsul había conseguido que se volviera a considerar al pintor como el patrimonio nacional que nunca dejó de ser.

Ahora, en esa fría mañana, diez años de trámites acababan allí, en ese dieciséis de octubre de 1888, sesenta años después de la muerte de Francisco de Goya. Esa misión le había mantenido con vida tras el fallecimiento de su esposa, le había permitido volver a encontrar algo que daba un sentido a su existencia. Ha llegado el momento de saborear su triunfo, de recoger el fruto de todo ese trabajo y volver a España con todos los honores.

El cónsul, acompañado de su secretario, llega al monolito que corona la cripta, allí donde el fotógrafo y su ayudante ya han montado la cámara. Los ha contratado personalmente

para inmortalizar su momento de gloria. El carronato que utilizan para almacenar las planchas y realizar el revelado, tirado por un caballo viejo, se encuentra a una docena de metros, con todo el material preparado. Pereyra asiente con satisfacción mientras se estira la levita y se quita el sombrero de copa para secar con un pañuelo la fina capa de sudor que se ha formado en su frente. El resto de la comitiva les alcanza y el director del cementerio ordena a los operarios que procedan.

Con las palas limpian la tierra que se ha sedimentado con el paso de los años y las malas hierbas que dificultan el trabajo. Pereyra se acerca a observar, pero el director del cementerio le detiene y le pide que espere junto a su secretario y a los dos testigos a unos metros. Las palancas logran levantar la losa lo suficiente como para que los tres empleados puedan arrastrarla y dejar un hueco por el que introducen una escalera que se apoya en el suelo de la cripta. Uno de ellos comienza a bajar y su compañero le pasa un candil.

Los segundos se le hacen eternos a Pereyra, que juega con la tapa de su reloj de bolsillo, donde todavía conserva un pequeño retrato de su esposa.

—*Mon dieu!* —se oye, alterada y cavernosa, la voz del operario que está bajo tierra.

Pereyra mira a su secretario con cara de circunstancias. «Mal asunto.» Este hace un gesto con la mano, pidiéndole que mantenga la calma. El fotógrafo ha comenzado a trabajar y solo se oye el chasquido del magnesio con cada instantánea y el ligero chirrido del cambio de plancha.

La cabeza del operario asoma por la cripta y hace un gesto al director, que camina hacia donde están sus hombres. Pereyra le sigue, pero el director se gira y con una mirada lo dice todo. «Este negocio, de momento, sigue siendo mío». Pereyra aprieta los labios y respira hondo para tratar de contener la impaciencia.

El director llega hasta la cripta y se acuclilla para que el operario le hable al oído. Asiente varias veces y gira la cabeza para mirar a su hombre a los ojos. Este es quien asiente en ese momento y le entrega un objeto a su jefe. El director se incorpora, se mesa el bigote y camina hacia Pereyra llevando en su mano derecha lo que el operario le ha entregado: una gorra abombada de cuero marrón.

—Señores... —comienza a decir en un buen español con acento francés—, esto es bastante... *inhabituel*.

—¿Inusual? —se impacienta Pereyra—. Defina «inusual», Monsieur.

—En la cripta no hay solo un féretro con restos —el director pasa la vista por el corrillo que se ha formado en torno a él—. Hay dos. El segundo, sin identificación.

—¿Dos féretros? —pregunta el secretario del consulado.

—Por llamarlos de algún modo. Apenas son dos vulgares cajas de madera.

—¿Quién podría estar enterrado junto a don Francisco de Goya? —Pereyra no imaginaba ese giro.

—No lo sabemos. Habrá que mirar en los registros. —Con corporativismo profesional, el director trata de proteger a sus antecesores en el cargo—. Pero eso no es todo... Las cajas han sido profanadas. —Hace un silencio para que sus palabras sean digeridas por el resto del grupo—. Están abiertas, hay algunos huesos fuera de ellas. Y al cuerpo de Goya... —Baja la mirada, no sabe cómo decirlo.

—¿Qué le ocurre? —pregunta Pereyra con temor.

—Pues que, por el momento, no van a poder trasladarlo a España. Tengo que dar parte de que falta... —es en ese momento cuando el director del cementerio entrega al cónsul español la abombada gorra de cuero marrón— su cabeza.

Pereyra y el resto del grupo se asoman a la cripta y, boquiabiertos, contemplan la sádica profanación. El notario se afana en tomar notar para levantar acta. La cripta es un vertedero de huesos esparcidos por el suelo. Uno de los esqueletos, vestido con traje negro que es poco más que un harapo, pero que curiosamente mantiene su corbatín en bastante buen estado, conserva las extremidades inferiores en su caja, mientras que la parte superior del cuerpo se descuelga por fuera del féretro hasta tocar el suelo. Como un invitado a una siniestra boda de ultratumba que hubiera bebido más de la cuenta.

El otro inquilino de la cripta, en cambio, vestido solo con un hábito de ermitaño que ha resistido bastante bien el paso del tiempo, está tirado en el suelo, con el esqueleto intacto, pero sin la cabeza. Ambos están descalzos; comprueban que los zapatos del cadáver vestido con traje están dentro de su caja: ahí debieron de quedar cuando la carne que los sujetaba dejó de existir. Pero el cuerpo vestido con hábito y sin cabeza parece que fue enterrado con los pies desnudos, que asoman por los bajos de su curiosa vestimenta.

Todo ese horror se disipa en la mente de Pereyra cuando le golpea la realidad: no va a poder cumplir su objetivo de reparar los restos del gran pintor. Ya se puede ir despidiendo del regreso triunfal a España y de ese retiro dorado que tenía en mente.

La escena queda inmortalizada por el fotógrafo y su ayudante.

Con la gorra de cuero en las manos, el cónsul se gira y su vista se pierde en el paisaje de lápidas. «¿Qué demonios ha ocurrido con la cabeza de Goya?»

La imagen de un Pereyra desencajado es la última instantánea que el fotógrafo toma esa mañana.